

Citas bibliográficas

Cfr. HERRERA, Martha Cecilia. *Modernización y escuela Nueva en Colombia*. Bogotá, Universidad Pedagógica Nacional, 1999, p. 172
SOCARRAS, José Francisco. *Las facultades de educación y la Escuela Normal Superior. Su historia y aporte científico, humanístico y educativo*. Ediciones La Rana y el Águila, Tunja, 1987, p. 40
HERRERA, Martha Cecilia. *Modernización y Escuela Nueva en Colombia*. Bogotá, Universidad Pedagógica Nacional, 1999, p. 184
HELG Aliñe. *La educación en Colombia. 1918-1957. Una Historia social, económica y política*. Bogotá, Ed. CEREC, 1987, p. 272-273
SOCARRAS, José Francisco. *Las facultades de educación y la Escuela Normal Superior*. Op. cit. p. 58
DEWEY, John. *Democracia y educación. Una introducción a la filosofía de la educación*. Trad. Lorenzo Luzuriaga. Buenos Aires., Editorial Losada, 6ª edición, 1967, p. 11. Ibid., p. 12 Ibid., p. 14 Ibid., p. 16 Ibid., p. 17 Ibid., p. 19 Ibid., p. 20
DEWEY, John. *El niño y el programa escolar*. Buenos Aires, Losada, 1948, p. 58 Ibid., p. 32 Ibid., p. 45. Ibid., p. 53
DEWEY, John. *El hombre y sus problemas*. Buenos Aires, Paidós, s.f. p. 177.
Cfr. DEWEY, Jhon. *Cómo pensamos*. Paidós, Barcelona, 1989. Ibid., p. 182. Ibid., p. 196. Nota. Ibid., p. 201 Ibid., 206 Ibid., 211 Ibid., p. 202
DEWEY, Jhon. *La busca de la certeza*. Fondo de cultura económica, México, 1952, p. 97 Ibid., p. 241

TIEMPO Y HABLA

Julián Serna Arango Universidad
Tecnológica de Pereira

Resumen

Se oponen dos maneras de concebir el tiempo: la aristotélica, como serie de instantes, es decir, como tiempo «espacializado», la que no sólo simplifica la existencia, sino que además refuerza la concepción del discurso como discurso lineal; la de estirpe heideggeriana, como simultaneidad de experiencias acumuladas o proyectadas, la cual haría patente la complejidad inaudita de la existencia, así como la pertinencia de los recursos literarios en la comunicación, en general, y en el ámbito educativo, en particular.

Palabras claves:

Lenguaje, tiempo, retórica, literatura, educación

TIEMPO Y HABLA

Julián Serna Arango

Universidad Tecnológica de Pereira

Abstract

Two ways of conceiving the time are opposed: the Aristotelian one, as a series of instants, that is to say, as a «spacialized» time, which not only simplifies existence, but also reinforces the conception of discourse as a linear discourse; the Heideggerian lineage, as a simultaneity of cumulated or projected experiences which would make evident the unprecedented complexity of existence, as well as the pertinence of literary discourses in communication, in general, and in the educational sphere, in particular.

Key words:

Language, time, rhetoric, literature. education

I. Tiempo

El fin puede estar próximo. Un atentado terrorista con misiles nucleares más unas cuantas reacciones de líderes políticos en cadena en busca de *rating*/ terminarían por provocar una catástrofe de proporciones apocalípticas. Acaso no sea tan pronto y haya que esperar hasta la contracción del universo, de vuelta al átomo primitivo, de acuerdo con el modelo del universo pulsante, cuando -literalmente sea dicho- todo sea nada. Democrática la muerte, democrático el olvido. Quienes hasta entonces hubieran preservado su nombre en la memoria de sus semejantes no tendrían quien los reviva por el atajo de la palabra, no habrá quien -si nos atenemos a Borges- sea Shakespeare al leer una línea de Shakespeare. El fin no sólo será el fin del planeta, de sus eventuales colonias en algún confín del universo, del precario primate que por una concurrencia de azares huyó del paraíso biológico en el que todo es ya, para emprender la construcción de un mundo diferente, será también el fin del mundo laboriosamente apalabrado de ideales, tradiciones, tentaciones, dioses... Será el fin del mundo para nosotros: simples extras de una existencia interina. Después, si esa palabra tuviera todavía algún sentido, la materia y la energía seguirán su curso, como si el mundo habitado por nosotros, como si el mundo apalabrado por nosotros nunca hubiera existido... A pesar de reflexiones tan severas, las mismas que siempre están a la mano, no faltan los momentos de júbilo, de inspiración, de goce, como otras tantas fuentes de sentido.

Aunque el hombre es un ser condenado a la muerte y al olvido literalmente sea dicho, a quien se le dio a degustar la existencia nada más, cuya perentoria ejecución aguarda por anticipado las más de las veces, la conciencia de nuestra interinidad no sólo tolera el sentido, sino que además lo potencia, cuando la finitud de la existencia (la brevedad de la vida) valoriza nuestras acciones.

Porque interinidad y sentido no resultan excluyentes como pudiera esperarse, es menester reconsiderar la vigencia del principio de no contradicción en el ámbito socio-cultural. La explicación

es simple. El principio de no contradicción remite a la lógica del espacio, cuando un mismo lugar no puede ser ocupado por dos objetos a la vez. Leemos en la Física de Aristóteles: "(••) donde ahora hay agua, aquí mismo, al salir ella -por ejemplo, de una vasija cualquiera-, aquí mismo, digo, habrá inmediatamente aire, y luego, a su vez, ocupará este mismo lugar algún otro cuerpo distinto"¹. Y la lógica del espacio no tendría por qué aplicarse a nuestra red de significados y sentidos, cuando se trata de medios radicalmente distintos.

Así no hayan faltado los intentos por someter los fenómenos del ámbito socio-cultural, en general, nuestra red de significados y sentidos, en particular, al principio de no contradicción, las evidencias relativas a nuestra vocación paradójica son legión. La neofilia alterna con la neofobia. De ello dan cuenta los oxímoros. ¿Cuántas veces queremos y no queremos a la vez? Es cuando formulamos la siguiente hipótesis. Nuestra sustancia (metafóricamente hablando) no es el espacio, sino el tiempo, el tiempo del hombre y no otro, nuestra singularidad también. Ello amerita una explicación.

Mientras el periplo de la planta, de la roca, de la bestia se reduce a una sucesión de "presentes", en rigurosa *i/a india*, dando lugar a la concepción del tiempo como tiempo "espacializado", como fuera registrado por Whorf; el hombre, en cambio, habita inúmeros "presentes", su simultaneidad, de acuerdo con Heidegger. Un "presente" procede de los sentidos, muchos constituyen la inercia de lo sido, muchos prefiguran lo por venir. Que llamemos "pasado" y "futuro" a los últimos, y sólo "presente", al primero, constituye una imprecisión.

Porque en Occidente hizo carrera la concepción del tiempo como serie de instantes, propia de su condición físico-biótica, no así la concepción del tiempo como simultaneidad de "presentes", propia de su condición socio-cultural, cuya formulación, inclusive, debió esperar hasta Heidegger, ello interfirió nuestras potencialidades comunicativas como se explica a continuación.

2. Habla

Si el discurso, el texto, procede palabra por palabra, fijamos la atención en ellas en el mismo orden en el que aparecen, como si ascendiéramos (o descendiéramos) por una escalera, cuando reducimos el discurso a un fenómeno lineal de la misma manera que hicimos con el tiempo. De allí la complicidad entre la concepción "espacializada" del tiempo y la concepción lineal del discurso, cuando la última fomenta la supervivencia de la primera. No faltan las objeciones, sin embargo.

Así como la concepción del tiempo para el hombre como serie de instantes resulta discutible, otro tanto sucede con la concepción lineal del discurso. Así como el hombre alterna rencores y nostalgias acumulados, deseos y temores proyectados, con determinada percepción sensorial; de igual manera alterna la atención prestada a la palabra que justamente lee, con las resonancias semánticas inducidas por las palabras precedentes, las mismas que todavía reverberan en el horizonte de su comprensión, con las expectativas surgidas de su red de significados y sentidos (de su *precomprensión de mundo*, expresión acuñada por Gadamer). No sólo eso. Así nos detengamos en determinada palabra, haciendo abstracción del resto, ella nos abruma por su carácter polisémico de naturaleza no lineal. Leemos en la *Retórica general* del Grupo |i de Lieja: "Estas agrupaciones de semas que constituyen las palabras están desprovistas de orden lineal"². La linealidad del discurso, en síntesis, quedaría reducida a un simple fenómeno acústico o visual (gráfico, en particular). Desde el punto de vista semántico, en cambio, el discurso se revela como una compleja red de conexiones. Leemos en Bajtín: "Cada enunciado está lleno de ecos y reflejos de otros enunciados"³. Tomemos la palabra "muerte", la cual ha hecho parte de múltiples enunciados, cada uno de los cuales aporta diferentes resonancias semánticas. Algunos ejemplos:

- Aquellas resonancias semánticas inducidas por las consideraciones surgidas alrededor de la muerte de un ser querido, las mismas que no sólo hacen ver el hecho de la muerte como ruptura, como interrupción de la vida, sino además como

dolor y sufrimiento para sus deudos.

- Aquellas producto de las reflexiones que nos hacen ver el paso de los años como una progresiva aproximación a la muerte, y por supuesto a la vejez y a la enfermedad.
- Aquellas procedentes de la idea cristiana de la muerte como tránsito a otra vida, las cuales comprometen la muerte con la esperanza de la resurrección, con la bienaventuranza eterna, pero también con el terror inspirado por el infierno.
- Aquellas derivadas del conocimiento de algunos hechos históricos, cuando por ejemplo entre los celtas se dice que el deshonor es peor que la muerte, cuando la gloria, la fama, el buen nombre, permitirían conjurar los efectos negativos de la muerte.
- Aquellas surgidas de la lectura de una obra literaria, como sería "La muerte de Empédocles" de Hölderlin, cuando Empédocles dice: "Estar solitario y sin dioses ¡esto es la muerte!"⁴. En lo que al ser humano respecta, la vida sería un fenómeno social, un fenómeno religioso, inclusive, y en esas condiciones la muerte pudiera sobrevenir en vida, como un anticipo.

Cuando escuchamos un discurso, cuando leemos un texto, cuando concebimos un pensamiento en el que aparece la palabra "muerte", probablemente la asociemos con pérdida, tristeza, vejez, enfermedad, esperanza, temor, terror, deshonor, buen nombre, exclusión, desamparo. Y es justamente la reverberación de las resonancias semánticas en cuestión, la que nos lleva a gestar sentidos que trascienden el contenido proposicional del discurso, las mismas que rompen con su orden lineal.

3. Lógica

Aun cuando la concepción lineal del discurso no sólo sea desmentida en el ámbito de la cotidianidad, sino además en el ámbito intelectual, cuando leemos en Issacharoff y Madrid: "(...) la simultaneidad misma puede considerarse como el elemento

dominante del pensamiento abstracto"⁵, no han faltado los intentos por solapar la reverberación de semas inducidos por los actos de habla. Mientras el diccionario compromete las palabras con determinados semas, la lógica aristotélica todavía va más lejos, cuando no sólo reduce la palabra al concepto, limita el sentido del texto al significado proposicional, sino que además reivindica en el silogismo el procedimiento por excelencia de la racionalidad apodíctica.

Si la palabra no se reduce al concepto, si no está comprometida con determinados atributos, si se tolera, en cambio, el *vagabundeo semántico* (Derrida), surge la polisemia. No en vano Aristóteles atribuye a las metáforas la oscuridad en el discurso⁶. ¿Es posible conjurar la polisemia de las palabras? No es tarea fácil. Porque los individuos adoptan diferentes roles, la misma palabra adquiere variados énfasis, induce sus propias resonancias semánticas en otros tantos contextos. No es lo mismo la palabra "adiós", pronunciada hace un par de siglos en el puerto en el que los emigrantes europeos con rumbo al Nuevo Mundo se despiden de familiares y amigos probablemente para siempre, que la palabra «adiós» dicha rutinariamente a nuestros hijos en el momento de tomar el bus para ir al colegio. Si en el primer caso la palabra «adiós» opera como una especie de despedida-final, en el segundo, en cambio, lo sería de despedida-pausa.

La reducción del sentido del discurso al significado proposicional no es menos arbitraria. El primer ejemplo es de Ducrot. Aunque los enunciados: "La botella está medio llena" y "La botella está medio vacía" tienen el mismo significado proposicional, no nos dicen lo mismo⁷. Ambas frases referidas a una botella de licor en una reunión de amigos registran sentidos antagónicos. La primera, una invitación a quedarse; la última, a irse. El segundo ejemplo es de Grijelmo. Con los siguientes pares de palabras se pueden construir enunciados que poseen el mismo significado desde un punto de vista proposicional, pero que no nos dicen lo mismo: Sincero o impertinente, generoso o derrochador, afable o blando, dulce o empalagoso, insistente u obstinado⁸.

No es casual que Aristóteles, un filósofo que además fue biólogo o viceversa, se haya inspirado en la taxonomía de los seres vivos

que él realizó antes que nadie- para formular su teoría de la definición a partir del género próximo y la diferencia específica. La moraleja es apenas obvia. La aplicación del silogismo estaría exenta de dificultades en los campos del saber estructuralmente afines al de la biología únicamente.

Que Aristóteles, el lógico, haya sido quien formuló la concepción del tiempo como sucesión de instantes, como tiempo «espacializado», no es tampoco casual. Así lo piensa Lakoff, quien a mediados de la última centuria hizo notar que al silogismo aristotélico corresponde una estructura espacial. Si decimos:

- El caballo es un animal
- Rocinante es un caballo
- entonces: Rocinante es un animal

El silogismo en cuestión puede esquematizarse como una relación entre recintos:

Si C (el caballo) está incluido en A (el animal) y R (Rocinante) está incluido en C luego C está incluido en A

Así haya sido develada la violencia ejercida por la transmutación de la palabra en concepto, la insuficiencia del significado preposicional para dar cuenta del sentido del discurso, en fin, el sesgo biólogo del silogismo; así juicios como el de Ogden y Richards no resulten menos irónicos que lapidarios: "(...) los lógicos más capaces son precisamente los llevados a desarrollar los más fantásticos sistemas, ayudados por la técnica verbal"⁹, no faltan los intentos todavía más radicales para limitar la polisemia de las palabras, para forzar la aplicación de la racionalidad apodíctica a diferentes campos de la actividad humana.

4. Gramática

Como en su momento lo señalara Whorf, en las lenguas indoeuropeas abundan los fenómenos que así debieran designarse por medio de un verbo, lo hacen a través de un nombre. Nosotros utilizamos sustantivos para hablar de la ola, la llama, el pu-

ñetazo, inclusive (ejemplos tomados de Whorf), cuando en cada caso lo haría mejor un verbo. Es evidente que los filósofos no han sido la excepción, cuando han designado por medio de sustantivos fenómenos que no se caracterizan por su unidad y estabilidad. El concepto del "yo", como sede de los procesos anímicos, ha sido puesto en cuestión desde Hume. Nietzsche y Foucault enriquecen la gesta iconoclasta del célebre pensador escocés. El concepto de «historia universal», un oxímoro, ha sido desenmascarado por filósofos posmodernos como Vattimo. Porque de tiempo atrás sabemos que el mundo para nosotros es una construcción realizada con el concurso de nuestra experiencia acumulada, es decir, de nuestra red de significados y sentidos, quienes utilizan el concepto de "objeto" (de donde procede el término "objetividad") parecieran desatender la evidencia en cuestión, como fuera señalado por Baudrillard. En el ámbito socio-cultural, en el que la participación del hombre en la configuración del mundo para nosotros adquiere un mayor protagonismo, hablar del "objeto" es más discutible todavía. Nuestro concepto de divinidad, inclusive, pudiera considerarse como el producto de la aplicación de una metáfora ontológica (en la terminología de Lakoff y Johnson) al ámbito de lo sacro, cuando hemos asumido la antítesis Dios-mundo como cierta, así sea contraria a la concepción religiosa del lejano Oriente, que postula, en cambio, la unidad Dios-mundo. No sólo los filósofos se han pronunciado contra el abuso en la aplicación de ciertos dualismos, cuando una crítica similar ha sido adelantada por especialistas de otras disciplinas. Basta un ejemplo. Leemos en Laing, cuando denuncia en los siguientes términos el léxico de los psiquiatras: «Las palabras del vocabulario técnico de uso común se refieren al hombre aislado de los otros y del mundo, es decir, como una entidad que no está *esencialmente* 'en relación con' los otros y en un mundo, o bien se refieren a aspectos falsamente sustancializados de esa entidad aislada. Estas palabras son: mente y cuerpo, *psique y soma*, psicológico y físico, personalidad, el yo, el organis-

Lejos de ser natural, la primacía del nombre sobre el verbo, es histórica. Entre los lingüistas no faltan quienes se han ocupado de lenguas que configuran el mundo para nosotros de manera diferente. No sólo reseñamos el predominio del verbo sobre el

sustantivo en la lengua hopi registrado por Whorf, cuando el fenómeno se hace todavía más notorio en el navajo, como lo refiere Rossi Landi: "(...) lo que hace sorprendentemente único al navajo es que, mucho más que el mismo hopi, consiste predominantemente en verbos: su sistema verbal es el más complejo, rico y preciso entre todos los que se han estudiado hasta la fecha"¹¹. Mediante las precisiones lingüísticas realizadas por el navajo individualizamos las acciones, haciendo la comunicación proclive al nominalismo. Así lo explica Rossi Landi: "Para decir que ha comenzado a llover, un navajo está obligado por su lengua a distinguir, entre otras cosas, las circunstancias siguientes; si ha percibido personalmente el comienzo de la lluvia o si tiene razones para creer que haya llovido durante cierto tiempo antes de que él lo notase; si la lluvia lo circunda, ocupando de manera no diferenciada y por entero su campo visual, o si, aunque se halle rodeado por la lluvia, se percibe algún signo de que el temporal esté alejándose"¹².

Si a través del protagonismo del sustantivo, de su vocación proto-universalista también, y a diferencia de lo acontecido con el navajo, nuestro léxico y hábitos lingüísticos registran sesgos universalistas, es menester preguntarnos por sus efectos sobre el pensamiento.

Así sea evidente que la concepción extrema del Principio de relatividad lingüística formulado por Whorf, de acuerdo con el cual la concepción del mundo de determinada cultura constituye un subproducto de sus sesgos lingüísticos, y en particular, semánticos, resulta insostenible cuando la existencia de pueblos que hablan la misma lengua y desarrollan diferentes culturas, la existencia de las traducciones con un alto grado de confiabilidad, bastaría para desmentirle; no menos cierto es que después de Whorf, de autores previos como Humboldt, de posteriores como Wittgenstein, Heidegger, y por supuesto, Bajtín, la pretendida neutralidad del lenguaje resulta indefensible. Paulatinamente se abre camino una solución intermedia. Aunque la lengua es un producto cultural, una vez consolidado determinado léxico, determinados hábitos lingüísticos, ellos condicionan la actividad intelectual, cuando parcelan la existencia, el mundo para nosotros, cuando definen las vías canónicas para su construcción,

en detrimento de otras acaso más pertinentes. ¿Qué hacer? Adelantar la mutación de léxico. No obstante, se trataría de una acción a largo plazo. Para soslayar el protouniversalismo del lenguaje, la concepción lineal-proposicional del discurso, reforzada esta última por la concepción "espacializada" del tiempo, quedarían los recursos literarios por medio de los cuales aludimos al hombre en el que abundan la ambigüedad, la paradoja, cuyos episodios se individualizan de cara al respectivo contexto.

5. Literatura

Al margen de la simplificación del mundo operada por el lenguaje conceptual, por el *estilo plano*, los poetas, los narradores han dado cuenta de un hombre no recortado a la medida de la lógica de estirpe biológica, de un hombre no encasillado por el protouniversalismo del lenguaje. Leemos en Kundera. "El espíritu de la novela es el espíritu de la complejidad. Cada novela dice al lector: 'Las cosas son más complejas de lo que tu crees'¹³. Para registrar, expresar, gestar la complejidad en cuestión, el creador literario utiliza palabras, giros, como los siguientes:

- Porque acciones semejantes son realizadas por individuos diferentes con énfasis variados, cuando cada uno tiene su propio repertorio de experiencias, de expectativas, se realiza una creación continua de significado y sentido mediante la utilización de las figuras retóricas, y muy en particular, de la metáfora, para suplir las deficiencias derivadas del protouniversalismo del lenguaje, en general, y del sustantivo, en particular, en su condición de nombre común.
- Cuando concebimos una tesis, escuchamos un discurso, leemos un texto, las palabras no sólo interactúan entre sí, potenciando o solapando determinados semas, sino que además lo hacen con nuestra red de significados y sentidos, induciendo una serie de resonancias semánticas que contribuyen a detallar, a precisar, a completar el mensaje, las que si bien no se dicen desde un punto de vista proposicional de algún modo se muestran.

No falta las objeciones al respecto. Nos proponemos discutir las.

5.1 La metáfora ¿Sólo *ornatus*?

Habiendo sido reducida al símil por Cicerón, la metáfora no sería más que una manera indirecta -literalmente falsa- de formular determinados pensamientos. Mientras la expresión literal sería el doble perfecto del pensamiento, la metáfora, en cambio, sería su doble imperfecto. De allí la concepción de la metáfora como expresión sustituta, pero además equívoca, de la expresión literal. Porque abundan las metáforas, ellas no estarán huérfanas de justificación; porque se apartan de lo literal, deben pagar un precio. Si en vez de hablar de "dientes blancos", los denominamos "de coco", la metáfora en cuestión, así no aporte contenido cognoscitivo alguno, produce, en cambio, un cierto deleite estético, como sostuvo en su tiempo Isidoro de Sevilla: "Dado que la uniformidad prolongada de un discurso fatiga y aburre a quien habla y a quien escucha, es preciso introducir variedad y cambios hacia formas nuevas que produzcan alivio al orador, hagan más bello el discurso y aparten al juez de la atención de otras cosas"¹⁴. Porque en lo relativo a los discursos que pretenden dar cuenta de la verdad, la polisemia puede originar confusión, la metáfora es excluida de la academia, de acuerdo con una tradición que se remonta hasta Aristóteles, cuando la relega a la retórica, clasificada como un saber de segunda clase, como un saber que sólo puede aspirar a lo verosímil.

Aunque no faltan en la obra del estagirita los pasajes en los que reivindica la metáfora, no los hay que legitimen su uso en el ámbito científico. Leemos en De Bustos: "Aristóteles considera las metáforas como apropiadas, correctas, ingeniosas, motivadas, pero se niega a considerarlas verdaderas"¹⁵. Hay quienes van más lejos todavía y consideran la metáfora proclive al engaño, como un auténtico peligro. Leemos en Locke: "(-.) todas las aplicaciones artificiosas y figuradas de las palabras que ha inventado la elocuencia, no sirven sino para insinuar ideas equivocadas, mover las pasiones y para seducir así el juicio (...) Y, por lo tanto (...) deben ser evitadas en todos los discursos que tengan la intención de informar e instruir"¹⁶.

Así la concepción de la metáfora como forma o figura (traje) que no altera el contenido cognoscitivo del término que sustituye, haya sobrevivido hasta el positivismo lógico, fue puesta en cuestión a partir de su concepción como interacción asumida por Black, y en ese caso al decir que "Juan es una gallina" en vez de decir que "Juan es un cobarde", no sólo estamos haciendo una sustitución del término "cobarde" por el término "gallina", no sólo estamos construyendo una expresión más llamativa, más pintoresca, inclusive, cuando además decimos algo distinto, y en particular, que Juan no sólo es cobarde, sino también torpe, dada la interacción entre el término "cobarde" y el término "gallina" (la imagen de una gallina huyendo despavorida por ejemplo, su menor agilidad relativa, en comparación con la de otros animales, con la del hombre, inclusive), y en ese caso no sólo adicionamos elementos desde el punto de vista del *ornatus*, sino además desde el punto de vista cognitivo.

En la *Gramática filosófica de los tropos*, Prandi limita a los de invención no substitutivos, los tropos que estarían en condiciones de registrar un componente cognoscitivo adicional al contenido por el término que sustituye. En cuanto tropos de invención, serían tropos no lexicalizados, literarios; en cuanto tropos no substitutivos, serían del tipo de: *La luna sueña*¹⁷, cuando no es posible reconocer la existencia de una acción de la luna que fuera sustituida por el verbo "soñar", cuando en palabras de Prandi "(...) la luna sueña (...) no admite ninguna reformulación coherente"¹⁸, y en ese caso el tropo de invención no substitutivo implicaría el relevo de la "ontología" positivista por una "ontología" mítica, cuando fuera necesario atribuir cualidades antropomorfas a los seres naturales.

Reducir los tropos en los que sería posible reconocer un valor cognoscitivo a los tropos de invención no substitutivos, sería tanto como asumir una especie de realismo extremo a la manera de Guillermo de Champeux, de acuerdo con el cual lo "real", en sentido estricto, se reduce a los universales. En el marco de una concepción nominalista, en cambio, la multiplicación de las diferencias, de los detalles, y en última instancia, de los particulares, realizada a través de los tropos de invención substitutivos, no puede considerarse adjetiva ni mucho menos, cuando

registran componentes cognoscitivos diferentes a los contenidos por el término que sustituyen. No sólo utilizamos metáforas para remediar la inopia léxica, sino además para realizar determinados énfasis, para contextualizar los enunciados, en fin, para decir algo más o algo diferente. La expresión: "Elena es fría", no sólo sustituye la expresión "Elena no se emociona", cuando también adiciona resonancias semánticas inducidas por la interacción entre el término "no se emociona" y el término "frío", al que sustituye, como sería la rigidez.

5.2 Decir y mostrar

Una ironía, una publicidad, un graffiti o una arenga no sólo valen por lo que dicen desde un punto de vista preposicional, sino además por lo que muestran en el evento de su comunicación. No obstante, no faltan las objeciones. De acuerdo con la primera objeción, lo que el discurso muestra, pero no dice, no incrementa la información, cuando se reduce a *ornatus*, cuando su valor no trasciende el plano emotivo. Ello no es claro, como puede verificarse en el siguiente ejemplo.

En medio de una arenga militar, el orador puede incluir una serie de fórmulas como las siguientes: "hay que tener 'fe' en el triunfo", "vamos a 'conjurar' el peligro", "sería un 'pecado' no aprovechar esta oportunidad", y así sucesivamente. En esas condiciones la acción inducida por la arenga terminará por adquirir un cierto aire religioso, y en particular, sagrado, y no es raro que la percibamos como una acción fuera de serie, como una acción verdaderamente singular, cualitativamente distinta a las demás, y en cierto modo superior, lo cual constituye un aporte extraproposicional de índole cognoscitiva.

De acuerdo con la segunda objeción, la paráfrasis del enunciado que muestra, pero no dice, estaría en condiciones de dar cuenta de su contenido cognoscitivo de manera exhaustiva. Ello no es claro. Cuanto un acto de habla muestra, pero no dice; cuanto muestra a través de sus efectos perlocucionarios (en la terminología de Austin), sería ajeno a su respectiva paráfrasis.

Una persona apenada por una ironía, halagada por una

publicidad, conmovida por un graffiti, para citar algunos de los más caracterizados verbos perlocucionarios, es una persona que ve las cosas (parcialmente) desde otro punto de vista. Cuando el componente perlocucionario del enunciado adquiere un protagonismo de primer orden, bien por la utilización de palabras ricas en resonancias semánticas, bien por la utilización de recursos literarios, de recursos fonéticos, inclusive, termina por alterar el horizonte de comprensión, por mutar nuestra red de significados y sentidos. Un par de ejemplos:

- "(...) todos comienzan", leemos en Aristóteles, "(•••) admirándose de que las cosas sean"¹⁹. De acuerdo con el análisis de Heidegger, las resonancias semánticas originales del verbo "ser" serían: "(- -) vivir, brotar, permanecer"²⁰, las cuales se refuerzan mutuamente: vivir es una forma de permanecer, el vivir acontece a partir del brotar, reivindicando así su dependencia: sin permanecer no hay vida, sin brotar tampoco. Es cuando (acaso) sobre el telón de fondo del contraste vivir-no vivir, permanecer-no permanecer, brotar-no brotar, se evidencia que hubiéramos podido no permanecer, no brotar y por consiguiente no vivir, y en esas condiciones no veríamos el vivir, el brotar, el permanecer, es decir, el ser, como algo dado así no más, sino como algo que hubiera podido ser, en cambio, nada. Es cuando, alterado el horizonte de nuestras expectativas, admirados (o asombrados) repensamos el ser de las cosas. En efecto, Aristóteles termina por repensar eso "(...) de que las cosas sean", cuando identifica la pregunta por el ser (por el ente como participio presente neutro del verbo ser) con la pregunta por la sustancia²¹, cuando circunscribe la sustancia primera a lo individual²², cuyas trascendentales repercusiones para el desarrollo de la historia de la filosofía de Occidente son bien conocidas. De no haber sido por el efecto perlocucionario en cuestión, la observación relativa a eso "(...) de que las cosas sean" probablemente se hubiera tomado como un caso más de la relación sujeto-predicado, o quizá, como una ambigüedad.
- Leemos en los dos primeros versos de la segunda estrofa del soneto titulado *A través de los años* de Delio Seraville, referidos a la amada que se fue: "Se la llevó después el torbellino/ de

las ciudades locas y sombrías". Adelantamos algunos comentarios al respecto. Las metáforas incluidas en los versos en cuestión inducen una serie de resonancias semánticas no implicadas por los términos que sustituyen. El torbellino no se dice de las ciudades, sino de los ríos. Hubiera podido escribirse, en cambio, que la protagonista hizo parte de la vida agitada de las ciudades, pero es evidente que el término "torbellino" no sólo implica confusión, sino además fuerza, fuerza a la que en vano intentamos resistir, sugiriéndose así la idea de fatalidad. La locura se dice de las personas, pero no de las ciudades. Podría hablarse, en cambio, de "ciudades descontroladas". No obstante, el término "locura" induce una serie de resonancias semánticas adicionales como sería la de enfermedad. "Ciudades sombrías", por último, no quiere decir "ciudades a oscuras" en el contexto de la frase, sino que nos remite a la noche, pero no a la noche sin más, sino a la noche del torbellino, de la locura, es decir, de la anormalidad, cuando amparados en la oscuridad los delincuentes transgreden la ley, cometen sus fechorías. "Se la llevó después el torbellino/ de las ciudades locas y sombrías", en síntesis, pone a circular una serie de resonancias semánticas: fatalidad, enfermedad y delito, cuya interacción las potencia a tal punto que el episodio en cuestión nos conmueve y terminamos por percibirlo como una tragedia, y en esa medida los dos primeros versos de la segunda estrofa del soneto de Seraville revelan la degradación de la protagonista. De no haber sido por el efecto perlocucionario, los dos versos se limitarían, en cambio, a hablarnos de una mujer que se pierde en la vida nocturna de la ciudad.

Los ejemplos en cuestión pueden esquematizarse como sigue:

En su condición de discurso, de texto elaborado con el *estilo plano*, pobre en resonancias semánticas, cuyos efectos perlocucionarios no son protagónicos, la paráfrasis no desencadena la mutación de nuestra red de significados y sentidos, y en esa medida no da cuenta de los contenidos extraproposicionales de índole cognoscitiva develados, en cambio, por el enunciado originario.

5.3 A manera de síntesis

Si la aplicación de la metáfora adiciona a la frase, al discurso componentes cognoscitivos no incluidos en los términos que sustituye, ello reivindica la plasticidad de la palabra, trasciende el protouniversalismo del lenguaje; si cuanto se muestra, pero no se dice no siempre es parafraseable, ello rompe con la concepción del discurso como discurso lineal-proposicional, en detrimento de la (eventual) aplicación indiscriminada de la lógica de estirpe biológica.

6. Educación

Si el mundo para nosotros es un mundo construido por nosotros, y en particular, un mundo apalabrado, es evidente que el proceso educativo no sólo es responsable de nuestra capacitación, de nuestra formación intelectual, sino que además juega un rol de primer orden en la construcción de la red de significados y

sentidos a través de la cual transcurre la existencia, y en esa medida la reivindicación del *estilo plano* en el discurso académico, en detrimento de los recursos literarios, refuerza la vocación protouniversalista del lenguaje, haciéndonos miopes ante las diferencias, operando una simplificación del mundo, proclive al autoritarismo, que sirve de modelo al individualismo. Es esta la situación a revertir, cuando debemos recuperar para la academia, para la vida pública, además, las experiencias de la literatura; cuando en términos de Martha Nussbaum: "(...) la imaginación literaria es parte esencial de la teoría y la práctica de la ciudadanía"²³.

Si la concepción del hombre como ser histórico, en el que alternan, se solapan, se superponen una multiplicidad de experiencias acumuladas, de expectativas proyectadas, reivindica la complejidad inaudita de la existencia, no podemos menos que atender el desafío y dar cuenta del fenómeno en cuestión. Leemos en Martha Nussbaum: "(...) la vida humana es algo misterioso y extremadamente complejo, algo que exige ser abordado con facultades mentales y recursos lingüísticos que sean adecuados para la expresión de esa complejidad"²⁴. Ellos no son otros que los recursos literarios.

Aunque la academia haya hecho del lenguaje conceptual, del discurso lineal-proposicional el modelo a seguir, en detrimento de los recursos literarios, debemos reivindicar su pertinencia. En virtud de la plasticidad de la palabra y de la reverberación de semas inducidos por el discurso en el evento de su gestación o difusión, los recursos literarios no sólo potencian la imaginación, sino que además resultan imprescindibles a la hora de abordar la complejidad y la diversidad de la existencia, la misma que se explica a partir de la concepción del tiempo para nosotros como simultaneidad de experiencias, no así de su concepción "espacializada".

Notas

- ARISTÓTELES. *Física*, IV, 1. Madrid: Aguñar, 1964. p. 614
 GRUPO n *Retórica general*. Barcelona: Paidós, 1987. p. 159
 BAJTIN, M. M. *Estética de la creación verbal*. Madrid: Siglo XXI, 1999. p. 281
 HÖLDERLIN, Friedrich. *La muerte de Empédocles*. Madrid: Hiperión, 1988. p. 28
 ISSACHAROF, Michael, y MADRID, Lelia. *Pensamiento y lenguaje*. Madrid: Fundamentos, 1994. p. 186
 Cfr. ARISTÓTELES. *Tópicos*. 138b
 Cfr. DUCROT. *Polifonía y argumentación*. Cali: Universidad del Valle, 1988. p. 80
 Cfr. GRIJELMO, Alex. *La seducción por las palabras*. Madrid: Taurus, 2002. p. 180
 OGDEN C. K. y RICHARDS I. A. *El significado del significado*. Barcelona: Paidós, 1984. p. 64
 LAING. R. D. *El yo dividido*. Bogotá: FCE, 1994. p. 15
 ROSSI LANDI, Ferruccio. *Ideologías de la relatividad lingüística*. Buenos Aires: Nueva Visión, 1974. p. 28+
 Ibid. p. 29
 KUNDERA. *El arte de la novela*. Barcelona: Tusquets, 1994. p. 29
 ISIDORO DE SEVILLA. *Etimologías*, u, 21. Madrid: BAC, 1993. v. I, p. 383-5
 DE BUSTOS, Eduardo. *La metáfora. Ensayos transdisciplinares*. Madrid: FCE, 200. p. 48
 LOCKE. *Ensayo sobre el entendimiento humano*, ffl, X, 34. Bogotá: 2000. p. 503
 Cfr. PRANDI. *La gramática filosófica de los tropos*. Madrid: Visor, 1995. p. 54
 Ibid. p. 126
 ARISTÓTELES. *Metafísica*, 983 a. Madrid: Credos, 1998. p. 17
 HEIDEGGER, Martin. *Introducción a la metafísica*. Buenos Aires: Nova, 1977. p. 109
 Cfr. ARISTÓTELES, *Metafísica*, 1028 b
 Cfr. ARISTÓTELES. *Categorías*, 5
 NUSSBAUM, Martha. *Justicia poética. La imaginación literaria y la vida pública*, p. 83. Barcelona: Andrés Bello, 1997
 Ibid., p. 54